

ALREDEDOR DEL V CENTENARIO

Alberto Herrarte *

El V Centenario del descubrimiento de América habría pasado como cualquier otra conmemoración si no se hubieran levantado las voces de protesta contra la misma, voces desde luego interesadas que han tratado no sólo de restarle importancia sino, lo que es aún más, de revertir los términos de aquella en el sentido de que lo que en todo caso debe conmemorarse con los "Quinientos años de Resistencia Indígena y Popular" es el "genocidio" y el "etnocidio" que se cometió contra las razas autóctonas y proclamar una campaña de "autodescubrimiento de nuestra América". Estas voces no han logrado acallar el espíritu que anima la celebración ni cambiar en ninguna forma la realidad de nuestra América, mestiza por excelencia, en donde han tenido conjunción todas las razas del mundo para transformar la población en esa "raza cósmica" de que nos hablara José Vasconcelos, como una síntesis que colmara los anhelos de la historia para dar expresión total del mundo.

Pero bien, esas voces destempladas han dado oportunidad para que los hombres más prominentes de nuestra América expresen su opinión, diríamos concordante, en el sentido de que no es tiempo de revivir el pasado y despertar odios y rencores sin ningún fundamento sino que, por el contrario, mirar hacia el futuro y hacerle frente a los innumerables problemas que estamos llamados a resolver conjuntamente todos los latinoamericanos unidos por la comunidad de un sólo idioma y por la comunidad de sangre indígena y española, por ser las más preponderantes sin zaherir o demostrar a cualquiera de las razas, pues no es dable a los hijos proclamar los pecados de los

padres sino, en todo caso, otorgar con amoroso olvido el perdón por aquellas reales o supuestas culpas.

Es natural que los pueblos indígenas demuestren en alguna forma su descontento por lo ocurrido durante la conquista. Debemos respetar la opinión de los que, en alguna forma, se sienten que han sido marginados y que quieren aún conservar sus culturas como una forma de mantener su identidad. Pero es criminal que sean azuzados por los mismos que ayer inventaron la "leyenda negra" contra España; o por los marxistas o los teólogos de la liberación que al sentir la derrota total de sus esperanzas, con el derrumbamiento de los países comunistas, quieren ahora aprovechar la coyuntura para sembrar el odio de razas en un Continente que se distinguió desde sus comienzos por la absoluta tolerancia en la mezcla de razas y la falta de discriminación.

Por ello, y para que no quede en el ambiente la impresión de que en alguna pequeña parte tienen la razón, es conveniente repetir lo que ya la historia tiene esclarecido suficientemente y que, como en todos los hechos humanos, hay cosas buenas y cosas malas qué señalar.

LO QUE ERA LA AMERICA INDIGENA

Los antropólogos están de acuerdo en que el Continente Americano fue poblado por el hombre hasta que éste había adquirido cierto grado de civilización. No se encuentran en América restos humanos comparables a los del Cromagnon o a los del Neanderthal. Las investigaciones realizadas demuestran que, por los rasgos culturales, el hombre apareció en el Continente Americano a finales del Paleolítico y comienzos del Neolítico. Es decir, desde hace unos 12,000 a 10,000 años. Ni antes, porque entonces existirían elementos culturales pertenecientes al Paleolítico primitivo, ni después porque en ese caso habrían traído animales domésticos y otros elementos como la rueda, por ejemplo. En esa suposición, los antropólogos coinciden en que la única forma en que el hombre pudo llegar a América fue por

* Guatemalteco, Abogado y Notario, Doctor en Derecho Internacional, Ex-Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Ex-Ministro de Relaciones Exteriores.

el estrecho de Behring después de la última glaciación. Los rasgos somáticos de estos primeros hombres coinciden con los de las tribus protomongoloides y es posible que vinieran en oleadas sucesivas, porque las características difieren. Hay razas dolococéfalas y braquicéfalas y entre los diversos idiomas no puede descubrirse ningún parentesco. De esa cuenta, los primeros descubridores de América fueron esas tribus protomongoloides que se regaron por todo el continente hasta la parte más austral. Los esquimales son de invasión más reciente y ya tienen rasgos exclusivamente mongoloides.

¿Hubo otros descubridores? No lo sabemos. Se habla de que chinos o japoneses pudieron haber llegado a América, lo mismo que los vikingos. Si así fue, no dejaron ninguna huella. De manera que, culturalmente hablando, esos "descubrimientos" no tuvieron ninguna trascendencia.

Esas tribus que se desparramaron por todo el Continente llevaron sus elementos culturales: el arpón, la flecha, el perro, la alfarería primitiva y otros más. Pero no eran sedentarias ni agricultoras. Los mismos rasgos culturales aparecen tanto en Norteamérica como en la América del Sur. Solamente en la llamada América Media, o sea en México y más concretamente en Guatemala, aflora una cultura superior como consecuencia del sedentarismo y del descubrimiento del maíz como el cultivo fundamental, el cual se sitúa en unos 3,000 años antes. Este descubrimiento habría de expandirse más tarde a la meseta mexicana y a otras regiones de la América del Sur, que darían origen a las culturas azteca, chibcha e incáica.

Unos 300 años después de Cristo comienza a desarrollarse en las regiones de Chiapas, Guatemala, Honduras y El Salvador, la cultura maya que, después de un período de precultura, tiene un maravilloso desarrollo en el llamado Viejo Imperio de una duración aproximada de seis siglos en que, por razones desconocidas, emigra hacia Yucatán, en donde tiene un nuevo florecimiento pero inferior al primitivo, bajo

influencias nahuas y toltecas. La civilización maya se ha tenido como la superior en el Continente americano y comparable a la egipcia y a la indostánica. Las investigaciones arqueológicas demuestran la existencia de un sistema de escritura jeroglífica, una cronología bastante perfecta y una arquitectura con techo de bóveda de piedra salediza. Dadas las limitaciones de los pueblos americanos en cuanto al desconocimiento de la rueda y de instrumentos de metal, así como en cuanto a la inexistencia de animales domésticos, la cultura maya ha de considerarse como extraordinariamente desarrollada, pero siempre dentro del marco correspondiente a las culturas neolíticas. Sin embargo, en la época de la conquista, la cultura maya había desaparecido y sólo posteriormente fueron descubiertas las ruinas de sus ciudades.

Las culturas azteca e incáica eran inferiores a la maya, y siempre dentro del concepto neolítico, padecían de aquellas limitaciones. En el aspecto religioso el sacrificio humano esta instituido en forma ceremonial.

LA ESPAÑA DEL DESCUBRIMIENTO

La península ibérica fue ocupada por diferentes tribus como los cántabros, los galáicos, los asturenses, los éuscaros y los vascones. Más tarde fue invadida por los fenicios y los griegos y por último, por los romanos que establecieron en ella una de las provincias más ricas del imperio, la antigua Bética. A la caída del imperio romano se sucede la dominación visigótica por espacio de tres siglos, tiempo dentro del cual, mediante la conversión de Recaredo, España abraza el cristianismo que habría de modelar su espíritu para resistir la lucha heroica que se avecinaba. En 711 se produce la irrupción de los árabes que llegan a dominar casi toda la península y que permanecen por espacio de siete siglos hasta que la lucha por la reconquista culmina con la rendición de Granada en 1492, último baluarte de los mahometanos. La permanencia de los árabes en territorio español y la lucha por la reconquista marca uno de los períodos más crueles en la historia de España. La ferocidad de los maho-

metanos es bien conocida. Decía el Califa de Omar: "debemos comernos a nuestros cristianos y nuestros descendientes deben comerse a los suyos mientras el Islam dure". Esa brutalidad se manifiesta en el degüello generalizado que se producía en los prisioneros como trofeo de la victoria y en crucifixiones a granel. Es muy posible que en tantos años de lucha el carácter español se haya endurecido y en represalia haya cometido también actos de crueldad.

Pero no debe olvidarse que España en su guerra de reconquista salvó a Europa del islamismo y que los turcos amenazaban también el centro de Europa, habiendo jurado terminar con el cristianismo. Ya en 1442 el Papa Eugenio IV había lanzado una encíclica llamando a una guerra santa contra los turcos y lo mismo hizo Pío II en 1463, sin que los europeos se percataran del peligro. Por eso, Sixto IV animó a los Reyes Católicos en la recuperación de Granada y en 1454 el Papa Nicolás V alentó a los portugueses en la ejecución de ciertos planes para llegar en misión a la India y solicitar la ayuda del Gran Khan, que se suponía que gobernaba ese país y era adicto a los cristianos, para atacar al Islam por dos frentes: uno por Europa y otro por el Oriente. Esos fueron también los planes de Colón. Solamente que él pretendía llegar a la India navegando hacia el Occidente por el desconocido Mar Océano, con lo que afirmaba la tesis de la redondez de la tierra, en contra de las ideas existentes. Los portugueses prefirieron buscar hacia el Sur, dándole la vuelta al Continente africano, un camino más seguro, aunque más largo. De ahí que Colón no encontrara eco en las Cortes portuguesas para la empresa que pretendía. Tampoco lo encontró en ningún otro país europeo, siendo obvio que ninguno estaba capacitado para emprenderla. El único que sí lo estaba era España. En su lucha contra los moros había afirmado su poderío, así como había afianzado su fe cristiana. Y la tarea a emprender era eminentemente cristiana. Era la última cruzada: evangelizar a los pueblos de Oriente y abrir un nuevo frente contra el islamismo. Por eso, en el proceso de convencimiento a la reina Isabel la Católica intervienen activamente do-

minicos y franciscanos, que más tarde asumirían la misión evangelizadora en América juntamente con otras órdenes. Esa misión evangelizadora quedaría plasmada en las famosas bulas del Papa Alejandro VI por las cuales concedía a España todas las tierras que descubrieran en el Océano Oeste a condición de que se obligara a convertir a los pueblos conquistados a la fe católica y a propagar el Evangelio. Tan inusitada forma de disponer de territorios desconocidos estaba de acuerdo con las ideas de la época y no levantó ninguna protesta.

LA CONQUISTA

Fue por casualidad que se descubrió el Nuevo Continente. Años más tarde se demostraría, al descubrirse el Mar del Sur por Vasco Nuñez de Balboa, que siempre navegando hacia el Occidente se llegaría al Continente asiático. Pero tal equivocación en nada varió los primitivos planes de evangelización pues, en vez de encontrar pueblos asiáticos con religiones distintas y posiblemente mahometanos, los españoles se encontraron con los pueblos indígenas de religiones paganas. Había pues, que convertirlos al cristianismo. La evangelización no podía realizarse sin ocupación y conquista, para lo cual España estaba facultada de acuerdo con las bulas pontificias. Esta ocupación y esta conquista tenían que hacerse por la fuerza. Se abrió así la puerta a los aventureros que las realizaron. Eran hombres de coraje y de un valor extraordinario para atreverse en tierras desconocidas, en selvas impenetrables, acosados por las fieras y alimañas y por las tribus hostiles que les salían al paso. Ciertamente que buscaban su enriquecimiento. ¿Quién podría negarlo? Pero sin ellos tampoco la obra evangelizadora habría podido realizarse. Muchos sacerdotes que se atrevieron a ello fueron víctimas de su imprudencia. También es cierto que se cometieron tropelías y abusos de todo género. Pero ¿qué conquista no los tiene? Lo que queremos decir con esto es que esas tropelías y esos abusos no se cometieron en forma sistemática, como se pretende por los que hablan del

“genocidio” o “etnocidio”, sino de acuerdo con las circunstancias, especialmente por la oposición que hicieran los indígenas que, desde luego, estaban en su pleno derecho de defenderse. “Culpas fueron del tiempo y no de los conquistadores” reza una sentencia que trata de ser justificativa y en verdad lo es en gran parte porque no se pueden juzgar hechos que pasaron hace quinientos años con la mentalidad del presente en que existen convenios sobre derechos humanos.

Por otra parte, si bien es cierto que la misión evangelizadora era la principal, no puede negarse que la corona española se enriquecía con los territorios conquistados, aunque las empresas fueran llevadas a cabo principalmente por particulares; y, de esa cuenta, se necesitaban brazos para el cultivo de la tierra o la explotación de las minas. De ahí nació la encomienda que fue una especie de esclavitud. Este es, quizás, el aspecto más penoso de la conquista que por muchos medios se trató de evitar. El asunto tiene su explicación. Los indígenas se encontraban en un estadio cultural sumamente bajo en comparación con el de los españoles. Las culturas indígenas solamente han podido compararse a las neolíticas, en tanto que en España se vivía ya la cultura del Renacimiento. Habían pasado miles de años para llegar a ese grado de desarrollo. En virtud del fenómeno de la acrescencia unas culturas se aprovechan de los descubrimientos de las anteriores que mejoran y dan lugar a nuevos descubrimientos. Son las leyes de la invención y de la imitación que formulara Tarde. Los griegos eran unos ignorantes cuando las culturas asiria y babilónica florecían. Más tarde vendría la egipcia, la griega y la romana hasta que la cultura occidental se inicia tras un largo período de incubación después de la invasión de los bárbaros. Pero es el cristianismo el que le insufla la vida espiritual con el reconocimiento de los grandes valores de la persona humana: la libertad y la igualdad que hasta en la época contemporánea han obtenido el reconocimiento universal. Antes, sin embargo, no fue así: los pueblos invasores imponían su cultura por la fuerza a los vencidos y destruían sus

altares y monumentos siendo, además, sometidos a la esclavitud. Son muchos los casos que ofrece la historia. Los romanos, con ser tan respetuosos de las costumbres de los pueblos vencidos, han sido acusados de haber destruido la cultura etrusca, quizás más refinada que la romana.

Nos enfrentamos, pues, con el encuentro de dos culturas: una desarrollada y una miles de años menos desarrollada y condenada en cierta forma al estancamiento por falta de los elementos culturales que propiciaron el desarrollo de las culturas asiáticas y europeas. Y en este encuentro habría de sufrir la cultura menos desarrollada. Es muy difícil hablar de superioridad e inferioridad culturales, pero en este caso es obvio que así era. Las culturas indígenas no pudieron irradiar más allá de ciertos límites. Era de esperarse, por ejemplo, que la cultura azteca hubiera sido superior a la maya, pero no fue así. Esta última fue incomparablemente superior a la primera. No hubo, pues, irradiación y, si la hubo, fue reducida. La cultura maya pareció condenada a perderse entre las selvas hasta su moderno descubrimiento. No se explica por ejemplo, que las tribus indígenas que poblaban Guatemala a raíz de la conquista hayan tenido solamente tradiciones orales cuando los mayas utilizaban ya la escritura. Regresión semejante solamente puede derivarse de que la escritura fuera privilegio únicamente de las clases superiores que desaparecieron o, lo más probable, que estas tribus hubieran venido de México, como lo indican aquellas tradiciones orales que más tarde recogiera Fray Francisco Ximénez, tanto en texto quiché como en castellano y que se conocen con el nombre de Popol Vuh.

Pues bien, en estas circunstancias, la cultura más adelantada irradiará, mientras que la más retardada absorberá. La cultura más adelantada tratará de imponer su señorío y la otra estará en condición de servidumbre, lo que sucede por efectos de la dominación, aún suponiendo niveles culturales semejantes. Por otra parte, según lo han considerado los antropólogos, las culturas más retardadas tie-

nen cierta incapacidad o lentitud para absorber los productos de la cultura adelantada. Y eso fue lo que pasó en América. La lentitud en absorber los elementos de la nueva cultura colocó a los indígenas en condición de servidumbre no obstante cualquier buen propósito que existiera. Las necesidades de los nuevos pobladores así lo exigían.

Es bueno para quienes con facilidad olvidan, recordar, aunque sea brevemente, la obra civilizadora de España en América. Los conquistadores no vinieron sólo a explotar las minas y llenarse de oro. Vino gente de trabajo, gente acostumbrada a labrar la tierra y a producir, como vino gente culta, gente preparada no sólo en las Universidades de España sino en otras europeas. La América Española no fue una factoría, sino un trasplante de España. Aquellos animales domésticos de que carecían los indígenas fueron traídos en abundancia o se multiplicaron vertiginosamente. El caballo, el asno, el cerdo, el ganado vacuno, el ganado lanar, las aves de corral forman la riqueza de muchas familias ladinas e indígenas, en mayor o menor grado. Entre los cultivos más importantes también se trabajó el trigo, la caña de azúcar, el olivo y la vid. En compensación, fueron llevadas de América el maíz, la patata y otras hierbas y frutas. Pero el aspecto espiritual es grandioso. Dominicos y franciscanos y más tarde los jesuitas fundaron escuelas y Universidades en donde no sólo enseñaban cuestiones religiosas. En las escuelas se enseñaba a los niños indígenas -y también a los ladinos- las primeras letras castellanas, el latín y la música. A los adultos se les adiestraba en artes y oficios industriales. Más tarde se introduciría la imprenta. Lo más importante de todo esto es que los frailes, para catequizar a los indígenas, aprendieron las lenguas de éstos y publicaron gramáticas y vocabularios de las mismas. Gracias a ello se salvaron innumerables tradiciones que de otra manera se hubieran perdido para siempre.

Otro aspecto grandioso es el de las ciudades que fueron surgiendo a lo ancho y lo largo de todo el Continente. Sus amplios y hermosos

edificios y sus bellísimas catedrales e iglesias reflejan no sólo el fervor religioso, sino el carácter español de volcarse en América con todo su esplendor. Muchas de nuestras ciudades rivalizan ahora con las europeas y representan la unidad espiritual de una cultura que permanece aún viva en toda la América Latina.

La "Leyenda Negra"

La preocupación por evitar toda clase de desmanes de los conquistadores principió desde muy temprano. La propia Reina Isabel la Católica lo pedía así en su testamento. Decía que se pusiera mucha diligencia en **"procurar producir e traer los pueblos dellas (las Indias) e los convertir a nuestra Santa Fe Cathólica"** enviando personas doctas y temerosas de Dios. Además, refiriéndose a los indígenas, que **"no resciban agravio alguno en sus personas ni en sus bienes, más manden que sean bien y justamente tratados, e si algun agravio han recibido, los remedien y provean"**. Numerosos frailes que acompañaron a los conquistadores, como Gonzalo Fernández de Oviedo, Diego de Landa y Fernando de Alva relataron hechos concretos de los desmanes y delitos cometidos por algunos conquistadores, pero sin que esto constituyera un sistema sino que fueron casos esporádicos. Las noticias de los malos tratos obligaron al emperador Carlos V a emitir las famosas Leyes de Indias de 1542, que se ha tenido como la Carta Magna de los indígenas y como un monumento a la libertad y a la dignidad de la persona humana. Decían las Ordenanzas de Barcelona y de Valladolid, entre muchas de sus prescripciones, que se ordena y manda a los Presidentes y Oidores que **"tengan cuidado de que los indios sean bien tratados e instruídos en las cosas de nuestra santa fe católica y como vasallos nuestros libres"** y que **"ni por título de rebelión, ni por rescate, ni de otra manera no se pueda hacer esclavo indio alguno"**. Otras muchas disposiciones señalaban la responsabilidad de las autoridades en el cumplimiento de aquellas prescripciones, teniendo derecho los indígenas a exigir justicia contra las injurias.

Es interesante observar que en aquella época tan lejana se pudiera discutir abiertamente sobre todas estas cuestiones. Fray Francisco de Vitoria, considerado el padre del Derecho Internacional, puso en duda la facultad del Papa de otorgar en propiedad las tierras descubiertas. Pero, principalmente, subrayó que conforme el derecho natural los indígenas podían gozar de su libertad y de la propiedad de sus cosas. Otros muchos se sumaron a esta tesis como Bartolomé Carranza y Diego Conarrubias que aunque aceptaban la intervención de España en América, la sujetaban a determinados principios, especialmente al respeto de los derechos naturales de los indígenas.

Una de las polémicas más interesantes fue la sostenida en 1544 por Fray Bartolomé de las Casas -que se fundamentaba en Francisco de Vitoria- y Juan Ginés de Sepúlveda, cronista del rey, que defendía el derecho de conquista. Las Casas había escrito un libelo en 1542, titulado **Brevísima relación de la destrucción de las Indias**, cuyo objetivo era lograr la modificación de las leyes existentes con respecto a los territorios conquistados, pero es obvio que no pudo haber influido en la emisión de las Leyes de Indias del mismo año, por la brevedad del tiempo y porque se tiene conocimiento de que éstas ya estaban elaboradas. El libelo fue publicado hasta diez años después.

No nos interesa discutir los buenos propósitos de Fray Bartolomé de Las Casas. Fue un fraile que logró por medios pacíficos la conquista de la Vera Paz en Guatemala. Pero el libelo en sí resulta muy discutible por aparecer en él una serie de hechos horripilantes incompatibles con la verdad histórica, erigiendo la *violencia, la destrucción y los crímenes más horrendos* en una labor sistemática de los conquistadores. Sin embargo, el relato resulta vago e impreciso por no haber un solo caso referido a circunstancias de lugar y tiempo, al contrario de otros cronistas. Se sabe que el padre Las Casas era de temperamento fogoso y apasionado y que participaba de la opinión de que el fin justifica los medios.

La publicación de la **Brevísima** trajo consecuencias muy graves para la monarquía española y para la Iglesia Católica. Carlos V había heredado de su padre Felipe el Hermoso las provincias de Flandes. Las heredó a su vez a su hijo Felipe II, quién encontró graves dificultades para gobernarlas. Por otra parte, la Reforma protestante había prendido con fuerza en las provincias del Norte. Así, al sentimiento nacionalista se unió el de la nueva fe religiosa; y, muy pronto, estalló una revolución apoyada por Francia e Inglaterra, que se distinguió por la crueldad y el apasionamiento de todas las luchas religiosas, logrando las provincias del Norte su independencia bajo el gobierno del príncipe de Orange. Mientras tanto, la **Brevísima** había sido ya conocida y traducida a diferentes idiomas, especialmente en los países que habían abrazado el protestantismo. El objeto de estas publicaciones era solamente la difamación de España y de la Iglesia Católica, favoreciendo con ello la independencia de Holanda, como se desprende de las introducciones y de los títulos que llevan las distintas ediciones y las ilustraciones de Teodoro de Bry. Así nació la "Leyenda Negra" que en todo tiempo fue aprovechada para señalar a los españoles como "genocidas" y a la Iglesia Católica como intolerante y fanática. El ataque a España fue un ataque al catolicismo y fue así como se creó el mito de que todo lo malo de los países hispanoamericanos los hemos heredado de España y que la Iglesia Católica representa un freno para el progreso. El último brote de esa leyenda secular es el indigenismo.

El Mestizaje

Desde que principió la conquista comenzó el mestizaje en América. De hecho, las uniones entre españoles e indios se efectuó espontáneamente sin que la Corona pusiera obstáculo alguno. Más bien la Corona impulsaba los matrimonios: "que algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias, y las mujeres cristianas con algunos indios", se encargaba. Es el único mestizaje promovido pues en las posesiones de otras potencias colonizadoras, tanto

en América como en otros Continentes, se mantuvo rigurosa la separación entre los colonizadores y los aborígenes. De los indios americanos decían los ingleses que **"el único indio bueno es el indio muerto"** y lo condenaron a esas **separaciones** en donde casi se extinguió. El mestizaje ha sido ley universal desde los más remotos tiempos de la humanidad. Las tribus más fuertes lo practicaban con las tribus sometidas y fue así como se iniciaron las grandes culturas. Se escapan del mestizaje en forma relativa únicamente aquellos pueblos que vivían en regiones montañosas casi inaccesibles.

De modo, pues, que siendo el mestizaje la regla en ninguna forma se puede hablar de razas puras. Es inútil diferenciar a las razas por caracteres somáticos. En mayor o menor medida éstos se dan en infinita variación en todas las sociedades. Hablar ahora de razas puras no tiene sentido, mayormente después del desastre del nazismo que se fundamentaba en la superioridad de la raza aria y que llevó a la humanidad a la gran hecatombe de la II Guerra Mundial. La raza es un simple hecho biológico al que se le ha querido dar la trascendencia de un hecho social. No se puede hablar de superioridades ni de inferioridades raciales. Todos los pueblos tienen hombres inteligentes y hombres idiotas y, por otra parte, las leyes mendelianas sobre la herencia nos demuestran la gran diversidad de factores dominantes y recesivos que se dan en las mezclas.

La cultura es la única que puede marcar ciertas diferencias entre los países. Considerada ésta como la forma de reacción de los pueblos frente a su medio ambiente, tiene sus manifestaciones en los productos culturales como las costumbres, la religión, el arte, la organización social, las técnicas materiales, etc. Pero las culturas se influyen unas a otras, como ya lo hemos dejado dicho, en virtud del fenómeno de la **acrescencia**. Algunos pensadores como Frobenius y Spengler han considerado las culturas como organismos vivos, independientes unos de otros, que nacen, envejecen y mueren y se pone el ejem-

plo de las culturas antiguas que ya no existen y que de la misma manera pasará con la cultura occidental. Es posible que así pase; pero el inmenso desarrollo de la técnica y de las comunicaciones tiende hacia la formación de una cultura universal. En esas condiciones, hablar de una vuelta al pasado, de una **resurrección** cultural es una solemne majadería.

Como la cultura influye psicológicamente en el hombre, no se le puede comprender sino dentro de su cultura. Pero, por efecto de las mezclas entre pueblos de diferentes culturas o por simple vecindad, los hábitos y costumbres se modifican así como el modo de pensar y las creencias. Este fenómeno se conoce sociológicamente con el nombre de **transculturación** o **aculturación** (del inglés **acculturation**). En el caso del mestizaje hay una perfecta simbiosis entre las costumbres, en sincretismo, una mezcla de principios antagónicos o simplemente diferentes, que producen una nueva forma de pensar, diríase una nueva cultura. Cuando hay adaptación, se combinan armónicamente las culturas y se reconcilian las posiciones en pugna. Ciertamente, hay casos de reacción en que una cultura sometida se reconcentra, como una compensación a sentimientos de inferioridad. Por otra parte, las culturas se desintegran por diversas razones, entre ellas por las enormes distancias entre las que están en oposición.

En las grandes proporciones en que se produjo el mestizaje en América, los fenómenos de transculturación fueron incalculables. Hecha abstracción de la población "ladina" o mestiza, los propios indígenas absorbieron innumerables elementos de la cultura española, tanto materiales como espirituales, lo que resulta de la aceptación de los animales domésticos para su propio beneficio, del uso de herramientas y otros; y en el orden espiritual, de la aceptación de la religión católica, aunque aparezca a veces mezclada con ciertos elementos culturales propios, que los frailes españoles aceptaban siempre que estuvieran de acuerdo en lo fundamental. El **folklore** de las festividades indígenas está lleno de motivos religiosos

inspirados en la religión católica. Los trajes de los indígenas están inspirados también en motivos españoles. Sus instituciones son originadas en instituciones emitidas por España. Y el lenguaje con el que pueden entenderse con el mundo exterior es el español.

¿En dónde, pues, puede estar la **vuelta al pasado**? ¿Por qué se abomina de todo lo español, si forma parte de su propia vida? Es evidente que hay grupos indígenas que conservan ciertos elementos culturales como una reacción ante la cultura impuesta. Pero, fuera del idioma y de sus sentimientos de inferioridad, sus costumbres tradicionales no pasan de cierto folklorismo aprovechado para la promoción del turismo. La culpa de esta situación, si la tuvieron los españoles por alguna razón -aunque justo es decirlo, establecieron las primeras escuelas- es en gran parte nuestra desde la independencia, por no haber promovido una educación intensiva. ¿Qué identidad se busca entonces? ¿La del idioma? ¿Cuántas lenguas indígenas existen en América? Se ha dicho de México que no existe el indio mexicano; que ésta es una criatura imaginaria; que lo que hay son indios mixtecos, zapotecos, yaquis, tarascos y otros. Lo mismo podemos decir del indígena guatemalteco: hay quichés, cakchiqueles, zutuhiles, mames, pocomames, quechis, etc. Todos estos grupos con idiomas distintos; con un sistema de vida exclusivamente parroquial limitado a su grupo e indiferente a lo que pueda acontecer fuera de él. Esa invención de última hora de que son descendientes de los mayas es pura ficción. Y las lenguas tampoco son mayenses. Estas ideas han nacido como consecuencia de las prédicas indigenistas, a las que se han sumado respetables personalidades del mundo indígena que han adquirido ilustración y son más occidentales de lo que ellos piensan, pero están *omnubilados ante la idea de dar a su raza la oportunidad de una revancha que está muy lejos de poderse realizar y que sólo traería desorden, anarquía, odios raciales y todos los males que de aquí se derivan. Son, pues, racistas aunque quieran negarlo. En esta nuestra América, que no ha conocido la discriminación*

sino sólo la pobreza y la riqueza, por lo que se debe luchar es por la conquista de mejores niveles de vida y por la elevación del nivel cultural de la clase pobre, cualquiera que sea.

Mirando hacia el porvenir

Si la conquista y la colonización produjeron tantos fenómenos transculturativos en los pueblos indígenas, la mezcla de razas y la existencia de una población mestiza de grandes proporciones produjeron, no propiamente una extensión de la cultura española, sino la formación de una cultura que en el correr del tiempo se va abriendo paso. Ciertamente, España no nos consideró como colonias en el sentido moderno de explotación, sino provincias de su imperio. De ahí la evangelización, la belleza de la arquitectura colonial regada en la América Hispana y ese monumento jurídico de las Leyes de Indias. Pero el ambiente de la península ibérica era muy distinto que el de los vastos territorios de este Nuevo Continente, con sus selvas impenetrables, con sus inmensas llanuras y con la enorme cordillera de Los Andes atravesándolas de parte a parte. Y esa naturaleza extraordinaria fue el primer impacto que habría de modelar el alma del criollo y del mestizo. Los innumerables viajeros que han visitado la América Latina han reconocido este hecho. El Conde Keyserling nos habla de la impresión de lo telúrico en América. Lo mismo nos dicen André Siegfried y Waldo Frank. Para todos ellos, el hombre latinoamericano es una criatura de transición que está saliendo del caos, pues sin el caos no hay creación; y, por lo tanto, que está creando una cultura. De ese impacto telúrico derivan muchas de las características psicológicas que se atribuyen al latinoamericano. Tristeza, indolencia, sentimiento de soledad. Pero también amor por lo bello, por la forma, por lo paramental. De ahí también que sea más emocional que racionalista. La literatura latinoamericana ha puesto de relieve estos sentimientos en las obras que ya son clásicas, como **La Vorágine** (hechizo y dominio de la selva) o **Don Segundo Sombra** (la soledad frente a la llanura inmensa).

Esta vastedad de territorio en donde se hallaba diseminado el hombre hispanoamericano, con enormes distancias y difíciles comunicaciones, determinó que la hora de la emancipación se volviera parroquial y abrazara estrechos nacionalismos sin una visión del futuro como lo soñara el Libertador o nuestro José Cecilio del Valle. La América Hispana se desintegró con la Independencia, como no ocurría en la América Portuguesa o en la América Sajona cuyos principales centros urbanos se encontraban inmediatos y con fáciles comunicaciones. Este pecado de la desintegración ha dificultado todo el desarrollo y es el causante de la pobreza y de la miseria en que nos encontramos. Nació así el caudillismo y la falsa democracia, las largas tiranías y períodos anárquicos. En el aspecto intelectual y político pasamos de un jacobínismo liberal exagerado a un estéril positivismo, a un protestantismo divisionista que nos viene del Norte y a un socialismo marxista que pretende ser la salvación ahora que el comunismo ha sido enterrado por sus propios creadores.

Pero la América Hispana tiene raíces profundas que hacen nacer nuevos brotes en el tronco añoso de la raza. El lenguaje común nos une indisolublemente. Como lo dijo Luis Alberto Sánchez, la América Hispana no estuvo en la torre de Babel. El lenguaje es el gran vehículo de unificación y es la mejor herencia que nos pudo haber dado España. ¿Qué poeta, qué literato nuestro no se ha enorgullecido de nuestro común idioma? Rubén Darío se refería a nuestra América "que aún reza a Jesucristo y aún habla el español". Alfonso Reyes también dijo que consideraba un privilegio hablar en español y entender el mundo en español. Por eso, este común lenguaje ha sido el vehículo de nuestra unión. Por eso, también, con justa razón pudo decir Octavio Paz que la unidad de la desunida hispanoamérica está en su literatura. Porque la literatura hispanoamericana es el mejor exponente de nuestra cultura. Por la deficiencia de nuestra tecnología hemos tenido una gran fuga de cerebros para buscar mejores horizontes. No tenemos los medios

adecuados para investigaciones científicas profundas ni nos es posible elaborar filosofías que no pueden producirse en el estado de desaliento espiritual de un mundo subdesarrollado. Nuestro único refugio ha sido el arte. El arte en todas sus manifestaciones, porque también en la plástica hemos tenido figuras universales. Si la característica del hispanoamericano es el ser esencialmente emocional, si el impacto de la naturaleza lo empuja hacia el culto de la belleza, quizás haya tenido razón José Vasconcelos al intentar un movimiento filosófico fundado en la emoción, ahora que el intelectualismo racional ha demostrado ser ineficaz para una explicación de la naturaleza y del universo.

En un mundo interdependiente que ha acortado vertiginosamente las distancias y que se organiza en bloques para la mejora de su tecnología y para la amplitud de sus mercados, la integración latinoamericana es más que una necesidad urgente. Es cuestión de vida o muerte. De vida, para poder situarse en una posición digna y adecuada para un futuro promisorio. De muerte, para seguir siendo objeto de manipulaciones de la política mundial para *continuar en* el subdesarrollo, o para enfrentar revoluciones sociales derivadas de su atraso. En esas circunstancias, no caben soluciones de continuidad. De los quinientos millones de habitantes de la América Latina incluyendo el Brasil, los pueblos netamente indígenas representan una minoría. Una minoría respetable a la que ha de dársele oportunidad para su desarrollo dentro del conjunto. El indígena ha dado y sigue dando su aporte a la nueva cultura latinoamericana. Pero, lo quiera o no lo quiera, está inmerso en esta cultura, forma parte de ella y no tiene sentido que quiera formar compartimientos estancos. Por eso, este V Centenario del Descubrimiento, o del Encuentro de dos Culturas si se quiere, debe servir para una profunda meditación de nuestro destino común y no para sembrar odios que tienen como único fin mantenernos desarticulados, desorientados, anárquicos y en permanente subdesarrollo.